

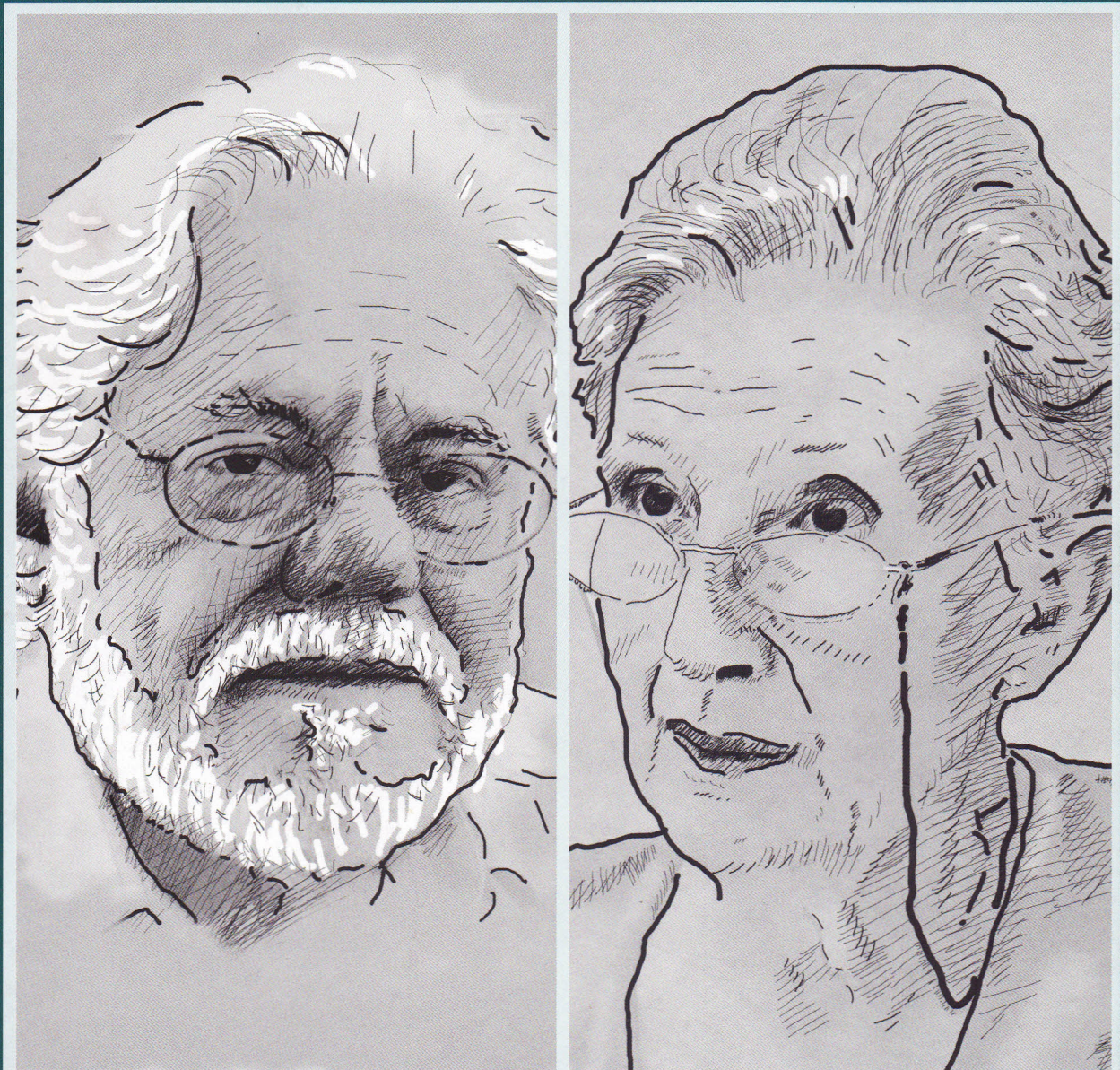
No. 70  
Ene.-Abr. 2015

revista  
N. 70

# DEBATES

ISSN 1657-429X

ENERO/ABRIL/2015 • UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA



Ilustraciones: Juan Andrés Álvarez

## Lecciones de dos maestros



## Las ciencias sociales: un proyecto de vida

Intervención de la profesora María Teresa Uribe de Hincapié al recibir el título Honoris Causa de Doctora en Ciencias Sociales

**E**l destino de las personas no está marcado, se va tejiendo con materiales muy diversos, recuerdos, miedos, vivencias, esperanzas, desengaños, emociones de diverso signo; afectos e identificaciones: todos ellos van marcando sentidos en la ruta de la vida, no siempre lineales ni unívocos, casi nunca conscientes y no todos con la misma intensidad y significación; solo al final, en los tiempos largos de la soledad, es posible saber cuáles de ellos marcaron tu devenir y porqué escogiste unos caminos en lugar de otros en el amplio espectro de la vida de una mujer de mi generación.

Hoy pienso que la relación con mi padre está en la raíz de mis preferencias intelectuales, de mis búsquedas incesantes, de mi vocación como maestra e investigadora; así como de la necesidad acuciante por desentrañar las razones y sin razones de la violencia y el terror; de las falencias de la democracia, de las desigualdades y las exclusiones. Cuando llegué a la Universidad de Antioquia como profesora de sociología en el año de 1973, supe que éste era mi lugar; que solo la universidad pública me permitiría encontrar el sentido de mi vida y el de la sociedad que me tocó vivir.

Las ciencias sociales son risomáticas, es decir, sus vectores analíticos y sus aportes sustanciales no se circunscriben a los espacios que tradicionalmente les han sido asignados, si no que con frecuencia sus filamentos se entrecruzan, se confunden y son interpeladas por otras ciencias, penetran como raíces en otros campos analíticos tanto del mundo de lo social como en aquellas llamadas ciencias duras como las médicas y las medioambientales. Estas ciencias son como un poliedro, una y varias según se ponga la mirada. Por esta razón, hoy quiero hacer una historia sucinta de las ciencias sociales en Colombia, que están fuertemente imbricadas con la historia del país y como un reflejo a trasluz con mi propia vida.





Esta historia, corta y difícil, está asociada con las diferentes coyunturas que ha vivido el país en el siglo XX, que vinieron de la mano de las profundas transformaciones sociales ocurridas en el país durante las décadas de 1920 a 1940 con el surgimiento de las primeras industrias, la expansión de la economía cafetera, el crecimiento de los centros urbanos, el despliegue de redes viales de comunicación y el advenimiento de un gobierno reformista empeñado en modernizar el país y en cumplir una función intervencionista en las esferas de la sociedad y de la economía. Estas transformaciones posibilitaron que se hiciesen visibles las masas en el espacio público con nuevos actores sociales: obreros, indígenas, empresarios, industriales y campesinos sin tierra y que se desplegaran nuevas formas de organización social como los sindicatos, las ligas campesinas y los gremios de la producción; nuevos partidos socialistas y comunistas; otras estrategias de acción colectiva como las huelgas, las ocupaciones de tierra y los movimientos indígenas y estudiantiles. La presencia de las masas en la política tuvo como correlato que la cuestión social, nombre con el que empezó a designarse ese cúmulo de asuntos relativamente novedoso, empezara a verse como un problema al cual debería dedicársele la mayor atención por parte de los gobiernos, pero también de grupos de intelectuales y académicos que asumieron como un reto el esclarecimiento de estos nuevos fenómenos sociales.

La cuestión social tenía la virtud de darle un nombre común a situaciones novedosas y la de encerrar en una sola frase un cúmulo de asuntos muy diversos; el resultado fue el de situar en la agenda pública la preocupación por lo social y el de generar la necesidad de conocer estos fenómenos y de estudiarlos de manera científica y sistemática. En este contexto tiene ocurrencia la creación de la Escuela Normal Superior (1934) cuyo propósito fue el de formar profesionales y docentes y además construir un sistema de información y conocimientos que sirviese de apoyo a la toma de decisiones y al despliegue de proyectos orientados a la solución de los problemas sociales.

La Escuela Normal Superior y más tarde el Instituto Etnológico Nacional contaron con un selecto grupo de profesores y científicos, muchos de ellos provenientes del exterior y llegados al país por las vías del exilio político, formados en universidades europeas y portadores de los nuevos desarrollos disciplinares y de los grandes debates sociales y culturales que se venían dando en sus países de procedencia; fue el caso de Paul Rivet, proveniente del París ocupado por los nazis, y de José Recasens, anarquista catalán derrotado en la guerra civil de su país.

La cuestión social, referente cultural de una época y tema central del quehacer político y académico, había logrado situarse en el centro de la vida pública nacional; en su nombre se habían diseñado las estrategias políticas de la revolución en marcha con su cauda de reformas institucionales y legales; se había impregnado el trabajo de los intelectuales y pensadores nacionales; se habían diseñado nuevas instituciones educativas y por esa puerta llegaron las ciencias sociales para quedarse; no obstante, éste florecimiento inicial tuvo un significativo declive durante los gobiernos conservadores y la época de la violencia, pues dada la confrontación en los campos se hizo más difícil realizar los trabajos de campo y a su

**C**uando llegué a la Universidad de Antioquia como profesora de sociología en el año de 1973, supe que éste era mi lugar; que solo la universidad pública me permitiría encontrar el sentido de mi vida y el de la sociedad que me tocó vivir.



**No** fue hasta finales de la década de los años 50 cuando hubo un nuevo despertar de las ciencias sociales en Colombia; el pacto frentenacionalista tendría una vigencia de 16 años, período en el cual suponían sus gestores que se curarían las heridas dejadas por la violencia, y sobre el olvido de las víctimas y el perdón a los victimarios se construyó un nuevo escenario donde la modernización y el desarrollo estuvieron al orden del día.



vez las nuevas ciencias sociales se volvieron sospechosas, muchos de los académicos fueron señalados de comunistas y gaitanistas, algunos abandonaron el país, otros se silenciaron y las instituciones educativas que habían construido los nichos privilegiados para la reflexión y la enseñanza de las ciencias sociales, languidieron hasta desaparecer, asfixiadas por los problemas financieros que las llevaron a un declive definitivo.

No fue hasta finales de la década de los años 50 cuando hubo un nuevo despertar de las ciencias sociales en Colombia; el pacto frentenacionalista tendría una vigencia de 16 años, período en el cual suponían sus gestores que se curarían las heridas dejadas por la violencia, y sobre el olvido de las víctimas y el perdón a los victimarios se construyó un nuevo escenario donde la modernización y el desarrollo estuvieron al orden del día. Aunque la barbarie de la violencia vivida en los años anteriores dejaba muchos interrogantes que invocaban respuestas de las ciencias sociales, se consideraba de muy mal recibo mencionar en público estos asuntos del pasado que se querían dejar atrás y se convocaba el futuro signado por la necesidad del cambio y de la modernización económica y social, cambios y modernizaciones sin política, marcados por un signo tecnocrático e instrumental.

En este contexto, las ciencias sociales volvieron a ser requeridas para contribuir al gran propósito nacional; esto significaba formar profesionales para responder a esas demandas gubernamentales y desarrollar investigaciones orientadas hacia la consecución de la información necesaria para planificar el desarrollo. En 1959 se fundó el departamento de sociología en la Universidad Nacional y un poco después el de antropología; luego se crearían facultades similares en las universidades católicas: la Javeriana en Bogotá y la Bolivariana en Medellín, cuyo propósito era el de formar pensadores católicos que orientasen el cambio social desde las tesis doctrinarias de las encíclicas papales; así se fueron fundando por todo el país facultades de sociología, antropología, comunicaciones, economía e historia, muchas de ellas escindidas de las facultades de derecho y filosofía; de esta manera las carreras de las ciencias sociales vivieron un auge inusitado inducido en buena parte por las demandas gubernamentales de profesionales en estas disciplinas.

Estas facultades y escuelas en ciencias sociales y humanas se nutrieron en buena parte con los aportes de los profesores formados en la normal superior y con profesionales venidos al país en la misma época; el propósito de esas escuelas era calificar recursos humanos para realizar proyectos de cambio a nivel regional, nacional y local y otorgarles habilidades para el diseño de estrategias de planificación social. Lo que se pretendía, dice Gonzalo Cataño, era comprometer a las disciplinas de lo social "en un proceso controlado de modernización de la economía, la asistencia social y la administración pública"; como era de esperarse, el énfasis en la formación académica estuvo puesto en lo instrumental y en las ciencias aplicadas, con un espíritu pragmático signado por la utilidad y la aplicación inmediata de los resultados obtenidos.

No obstante, este pacto entre las ciencias sociales y el estado no duró mucho; para mediados de la década del 60 el optimismo reinante es-



taba en pleno declive, ya no se veía tan clara la posibilidad del cambio social, las resistencias políticas de ciertas élites hacían difícil la modernización del campo, la economía develaba los problemas del desempleo, el aparato público en lugar de modernizarse se clientelizó, las ciudades se expandían sin control mediante las invasiones de tierra urbana y poco a poco los trabajadores de las ciencias sociales fueron retirados de las funciones públicas y las asesorías a los planes y programas de desarrollo pasaron de ser los grandes aliados de la propuesta reformista a situarse en el campo de la oposición al frente nacional.

El desencanto de los intelectuales de las ciencias sociales coincidió con el incremento de la crítica estudiantil a los programas que se impartían, se debatieron los supuestos teóricos de las disciplinas, los enfoques metodológicos, el positivismo, el funcionalismo y el trabajo empírico y empezaron a mirar hacia las teorías latinoamericanas de la dependencia, el colonialismo interno, el desarrollo desigual de la economía, la marginalidad social y sobretodo hacia el pensamiento marxista.

Las teorías del subdesarrollo con sus variantes giraban en torno a una tesis central que entraba en franca disputa con las teorías desarrollistas del período anterior; según este pensamiento, existía en estos países latinoamericanos una suerte de imposibilidad estructural para salir del atraso a causa de la debilidad en la obtención de bienes de producción, a los intercambios desiguales, a la estrechez del mercado interno, fenómenos ocasionados por la dependencia de los países centrales y desarrollados. Frente a estos desequilibrios estructurales no habría espacio para el optimismo y sólo parecían quedar en la escena pública estrategias de cambios radicales de tipo revolucionario.

El ethos del reformismo daba paso al ethos de la revolución y la teoría marxista aparecía en el horizonte como la teoría científica que iluminaría el quehacer de las ciencias sociales en el país. Fueron los tiempos de los movimientos estudiantiles, del surgimiento del frente unido dirigido por el sociólogo Camilo Torres que convocó grupos importantes de las universidades colombianas, de la aparición de las organizaciones armadas Farc, ELN y EPL y de un clima de confrontación y conflicto muy agudo que sirvió para poner en guardia a los gobiernos que a su vez empezaron a desconfiar de las ciencias sociales, a verlas como peligrosas, subversivas y a excluirlas de sus planes de gobierno con el consecuente cierre de algunas carreras en el país; para principios de los años 70 la ruptura entre Estado y ciencias sociales estaba prácticamente definida; sin embargo, es importante señalar que durante el período de predominio de lo que aquí hemos llamado el ethos de la revolución no todo fue dogmatismo, disputas internas y utopías como algunos afirman, pues se vivió un clima cultural e intelectual de mucha significación que modernizó las visiones y formas de vida tradicionales abriéndole horizontes nuevos a las ciencias sociales en el país.

Los años 80 llegaron con otros aires y se vivió un lento despertar de la investigación social en el país; varios factores podrían explicarlo: la adopción de políticas públicas en el campo de la educación superior que situaba la investigación como una función central de estas instituciones poniéndola en el mismo nivel de la docencia y la extensión (decreto 80

**Quiero también  
que la Universidad de Antioquia siga  
siendo pública, crítica y deliberante; que  
mantenga en alto el estandarte de la excelencia académica y de  
la participación en los despliegues de la democracia y la  
ciudadanía.** ”



de 1980); un mayor fortalecimiento de Colciencias, entidad destinada a financiar y a orientar la investigación en el país y, por supuesto, una mayor madurez en la formación de los profesionales de las ciencias sociales después de casi tres décadas de desarrollo académico formal. Durante este período se renovaron los textos de lectura obligada en las carreras de ciencias sociales, abriéndole la puerta a corrientes tan importantes como el estructuralismo; se incursionó en campos nuevos como la ciencia política, la semiótica, la hermenéutica y la lingüística; se renovó la mirada sobre la historia desde la escuela de los anales y de la sociología con las escuelas de Frankfurt y Viena, se incorporó el psicoanálisis a las reflexiones de la psicología y todo ese acervo de tradiciones intelectuales empezaría a reflejarse en el quehacer de los investigadores sociales unos años más tarde.

Los años noventa y los albores del nuevo siglo trajeron un florecimiento de las ciencias sociales y humanas; además de las nuevas disciplinas otros objetos convocaron su interés como los estudios de género, la historia de las mentalidades, los temas regionales, locales y del territorio, y sobretodo los trabajos sobre la violencia y el conflicto, objetos complejos y difíciles de desentrañar desde perspectivas unidisciplinares; de allí que la multidisciplinariedad se hiciese patente; además se incorporaron nuevas metodologías cualitativas que resaltaban las subjetividades.

A este giro en el devenir de las ciencias sociales y humanas corresponde la creación de institutos de investigación y de maestrías como fue el caso de estudios políticos y estudios regionales en la Universidad de Antioquia y más tarde los doctorados en ciencias sociales y humanas creados en las principales universidades del país; Universidad del Valle, Universidad de Antioquia y Universidad Nacional seguidas de la fundación de instituciones similares en universidades como Eafit y la Javeriana.

Hoy la coyuntura nacional como antes, como siempre, vuelve a convocar el aporte de las ciencias sociales al proceso de paz y el devenir del posconflicto, acontecimientos inéditos y que muy pocos países han vivido, constituyen no sólo un laboratorio privilegiado para estas disciplinas sino que convocan a una participación activa que coadyuve al buen suceso de tan difíciles eventos; es una responsabilidad pública que ni la universidad ni sus estamentos pueden rehuir, porque los enemigos de la paz atrincherados en una justicia ortodoxa, conspiran contra este propósito largamente acariciado.

Para finalizar quiero agradecer desde lo más profundo del corazón a la carrera de sociología y a los institutos de Estudios Políticos y Estudios Regionales que conspiraron para que este doctorado fuese posible; al consejo de Facultad de Ciencias Sociales, al Consejo Académico y al señor rector Alberto Uribe que la avalaron sin reservas y finalmente al Consejo Superior que la aprobó; agradezco también a mi familia que me apoyó en mi andadura académica, a mis estudiantes y compañeros profesores de todas las épocas y a los amigos todos que vinieron a acompañarme en esta tarde.

En este momento de mi vida espero que los estudiantes que pasaron por mis aulas, los que me escucharon en las conferencias o leyeron mis textos hubiesen encontrado claves para seguir buscando alicientes para continuar este camino incierto de la investigación política y las ciencias sociales y humanas. Quiero también que la Universidad de Antioquia siga siendo pública, crítica y deliberante; que mantenga en alto el estandarte de la excelencia académica y de la participación en los despliegues de la democracia y la ciudadanía.

Gracias.